



Hans Christian Andersen

# El traje nuevo del emperador



LLAC

Biblioteca de Cuentos Clásicos Accesibles



El traje nuevo del emperador

Hans Christian Andersen, «Keiserens nye Klæder», 1837.

Basado en un episodio de la obra *El conde Lucanor*,  
de don Juan Manuel (1331-1335).

Laboratorio de Lenguaje Accesible (LLAC), 2025.

Adaptación colaborativa:

Ana Belén Luis, Lucía Casado, Álex Rodríguez y Cristina Sola.

Ilustración de cubierta: Heinrich Hefler y Urban Hefler, 1911.

Ilustración pág. 14: Edmund Dulac, 1911.

Ilustración pág. 24: Harry Clarke, sin fecha.

Ilustración pág. 27: Arthur Rackham, 1932.

Ilustración pág. 29: Munro Scott Orr, 1932.

Esta obra es para todo el mundo  
y no se puede comerciar con ella.

Hans Christian Andersen

# El traje nuevo del emperador



Biblioteca de Cuentos Clásicos Accesibles

Caldelas, 2025



## Introducción

Andersen explicó que este cuento es de origen español: aparece en el capítulo 32 del libro *El conde Lucanor*, escrito por el infante Don Juan Manuel entre 1331 y 1335.

Y ese cuento escrito por Don Juan Manuel es, a su vez, una adaptación de un antiguo cuento oriental del que se hicieron muchas versiones.

También Cervantes se basó en el cuento de *El conde Lucanor* para escribir una de sus obras de teatro cómicas (llamadas «entremeses»): *El retablo de las maravillas*, que se publicó en 1615.



# El traje nuevo del emperador

Hace muchos años había un emperador al que le gustaba tanto la ropa que gastaba toda su fortuna en trajes.

No le interesaban los asuntos del Estado ni las reuniones sociales, a menos que pudiera lucir sus trajes nuevos.

Tenía un traje para cada momento del día. Por eso, cuando alguien preguntaba por él, los criados no decían: «El emperador está en el Consejo de Estado», sino: «El emperador está en el vestidor».

La ciudad donde vivía el emperador  
era muy animada  
y cada día recibía muchos visitantes.

Una vez llegaron a la ciudad dos estafadores  
que se hacían pasar por tejedores  
y decían que tejían una tela maravillosa,  
porque era muy bella,  
pero invisible para cualquier persona  
que no sirviera para su trabajo  
o que fuera tonta del todo.

Cuando el emperador se enteró de aquello,  
pensó: «¡Qué magníficos trajes se podrían hacer  
con una tela así! Si tuviese esa tela,  
podría saber qué ministros son unos inútiles  
y distinguiría a los inteligentes de los tontos».

Entonces mandó que los tejedores se pusieran  
enseguida a tejer su tela milagrosa  
y les dio un adelanto de dinero.

Así montaron los pillos un taller.  
Hacían como que trabajaban en los telares,  
aunque no había ningún hilo.

Pidieron que les llevaran las sedas más finas  
y oro de la mejor calidad.  
Se quedaron con todo  
mientras hacían como que trabajaban  
en los telares vacíos.

El emperador quería saber cómo iba el trabajo  
de los telares,  
pero no se atrevía a ir él mismo al taller.

Porque un hombre que fuera estúpido o que no sirviera para el cargo que tenía no podría ver la tela maravillosa.

No es que el emperador tuviera miedo, ¡estaba seguro de no ser tonto y de servir para su cargo de emperador!

Pero, por si acaso, decidió enviar primero a uno de sus ministros...

Todos los habitantes de la ciudad habían oído hablar de la tela milagrosa y estaban impacientes por ver qué vecinos eran estúpidos o inútiles para el cargo que ocupaban.

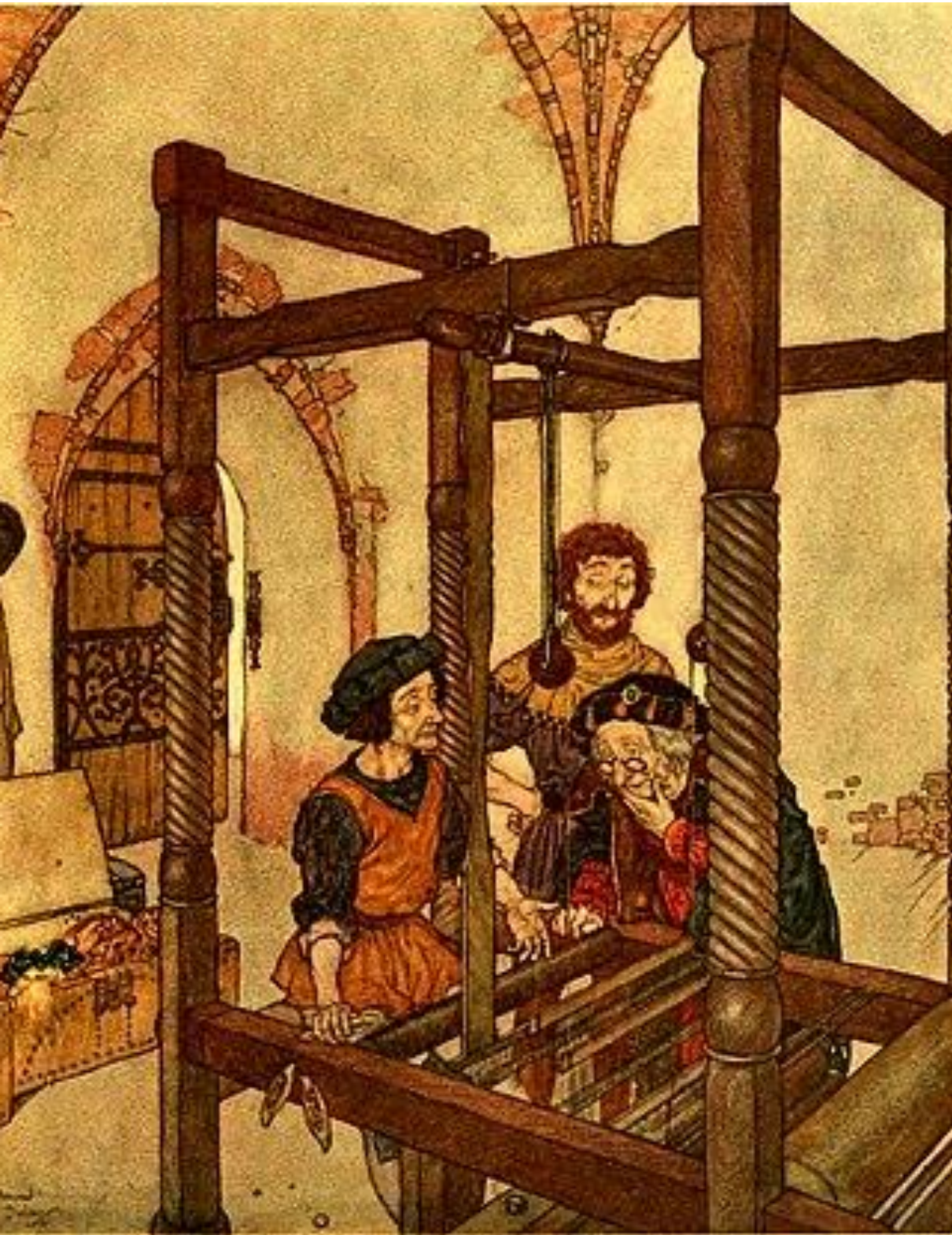
El emperador envió a su más antiguo ministro al taller de los tejedores.

«Es el hombre más indicado —pensó el emperador—, pues es honrado y tiene talento».

El viejo ministro fue al taller donde los estafadores hacían como que trabajaban en los telares vacíos.

«¡Que Dios me proteja! —pensó el ministro abriendo unos ojos como platos—. ¡Pero si no veo nada!».

El ministro miró el telar, pero no dijo nada. Los estafadores le preguntaron qué le parecía el trabajo, y al decir esto señalaban el telar vacío.



El pobre hombre seguía con los ojos muy abiertos sin ver nada, puesto que nada había.

«¡Oh, Dios! —pensaba el viejo ministro—.  
¿Seré tonto, tal vez? Jamás lo hubiera creído...  
¿Es posible que yo no valga para el cargo?  
Debo callar, que nadie sepa  
que no puedo ver la tela».

Los dos sinvergüenzas miraron al ministro y le dijeron:

—¿Qué, no dice usted nada del tejido?

—Oh, sí, es precioso, maravilloso —respondió el ministro—. ¡Qué colores, qué dibujo!  
Le diré al emperador que me ha gustado mucho.

Entonces los estafadores empezaron a describir los colores y dibujos de aquella tela que no existía. El ministro escuchaba con gran atención para poder repetírselo al emperador.

Los tejedores pidieron más dinero, más seda y más oro para seguir tejiendo, pero todo fue a parar a sus bolsillos, porque no usaron ni un solo hilo y siguieron haciendo como que tejían en los telares vacíos.

Poco después el emperador envió a otro ministro para saber si pronto estaría lista la tela milagrosa con la que deberían hacerle un traje nuevo.

A este otro ministro le pasó lo mismo que al primero:  
miró y miró el telar, pero no vio nada,  
porque nada había.

—¿Verdad es que una tela preciosa? —decían  
los falsos tejedores.

Hicieron igual que con el viejo ministro:  
también a este le describieron la tela  
para que se lo repitiera al emperador.

Y este otro ministro pensaba:  
«Yo no soy tonto, y no pienso dejar mi cargo,  
pues sería muy molesto.  
Nadie debe darse cuenta de que no veo la tela».

Y empezó a elogiar la tela que no veía  
hablando con entusiasmo de sus colores  
y del maravilloso dibujo  
que le habían descrito los estafadores.

Todo el mundo hablaba en la ciudad  
de aquella maravillosa tela.  
Y tanto hablaron, que el emperador quiso verla  
con sus propios ojos.

Así que fue al taller de los tejedores  
con toda su corte, donde los dos timadores  
hacían como que trabajaban en los telares vacíos.

Los dos ministros que ya habían estado allí  
le dijeron al emperador:

—Fijaos, majestad, en estos colores y dibujos,  
¿verdad que es una tela maravillosa?

Y señalaban el telar vacío  
creyendo que los demás veían la tela.

Entonces, el emperador pensó:

«¡Cómo es posible! ¡Si no veo nada! ¡Esto es terrible!  
¿Soy tonto...? ¿Es que no sirvo para emperador?  
¡Eso sería espantoso!».

Así que el emperador decidió disimular  
para no parecer tonto,  
y contestó, mirando el telar vacío:

—¡Oh, sí, es muy bonita! Me gusta mucho.

Todos los que lo acompañaban miraban  
y remiraban, pero nadie veía nada,  
aunque todos exclamaban, igual que el emperador:

—¡Oh, qué tela tan bonita!

—¡Es una tela preciosa! ¡Muy elegante! ¡Estupenda!

Y le aconsejaron que estrenara el traje nuevo  
hecho con aquella tela  
en un desfile que se iba a celebrar en la ciudad.

El emperador le dio a cada estafador una medalla para que se la pusieran en el ojal y los nombró «tejedores imperiales».

La noche antes del desfile los dos delincuentes encendieron las lámparas del taller para que la gente viese que trabajaban toda la noche en el traje nuevo del emperador.

Hicieron que como quitaban la tela del telar, la cortaban con grandes tijeras y la cosían con agujas sin hilos.

Después dijeron:

—¡Por fin! ¡El traje del emperador está listo!

Llegó el emperador al taller acompañado  
de sus caballeros  
y los dos sinvergüenzas, levantando los brazos  
como si sostuviesen algo, le dijeron:

—Aquí están los pantalones y la camisa...  
Y aquí tenéis el manto, majestad.  
Las prendas son tan ligeras como telarañas,  
será como si no llevarais nada encima.  
Es lo bueno que tiene esta tela: que no se nota.

—¡Oh, sí, qué hermosas prendas! —decían  
todos, a pesar de que no veían nada,  
pues nada había.

Los tejedores le dijeron al emperador que le iban a quitar el traje que llevaba para ponerle el traje nuevo.

Colocaron al emperador delante del espejo, le quitaron las prendas que llevaba e hicieron como si le pusieran un traje.

Los falsos tejedores hacían girar al emperador delante del espejo y todos decían:

—¡Qué bien os sienta, majestad!  
¡Es un traje precioso!



Todo estaba ya preparado para el desfile  
y dijo el emperador:

—Estoy listo. ¿Verdad que me sienta bien?

Y se miró en el espejo una vez más  
para que todos creyeran que veía el traje,  
aunque él no veía nada.

Los encargados de sostener el manto  
bajaron las manos al suelo  
como si fueran a levantar el manto  
y avanzaron como si sostuvieran algo en el aire.

Por nada del mundo iban a confesar  
que no veían nada.

Y el emperador desfiló por la calle  
mientras la gente, al verlo pasar, decía:

—¡Qué maravilloso es el traje nuevo  
del emperador!

Nadie quería que los demás se dieran cuenta  
de que no veían nada  
para que no los tomaran por estúpidos.

Y, de pronto, una niña exclamó:

—¡Pero si el emperador está desnudo!

El padre de la niña dijo:

—¡Oh, escuchen la voz de la inocencia!



Y todo el mundo empezó a murmurar:

—¡Está desnudo! La niña dice  
que no lleva nada encima...

—¡Pero si está desnudo! —gritó al fin  
el pueblo entero.

Aquello preocupó al emperador,  
porque se temía que el pueblo tenía razón.  
Pero pensó: «Hay que aguantar hasta el final».

Y siguió caminando, más estirado que nunca,  
mientras los pajes sostenían un manto imaginario.

